



Toni Morrison

*La isla
de
los caballeros*

En una paradisíaca isla del Caribe, Valerian y Margaret viven en una espléndida mansión y disfrutan de una existencia idílica. Sin embargo, todo cambiará con la llegada a la isla de Son, un náufrago negro de dudosas intenciones que se siente atraído por la bella Jadine, sobrina adoptiva de la pareja. Desde este momento, la isla se verá sacudida por una oscura y creciente pasión que hará tambalear todos los cimientos de la convivencia, obligando a hombres y mujeres a enfrentarse a ese yo secreto que todos solemos vestir con nuestras mejores mentiras.

Para Mrs. Caroline Smith, Mrs. Millie MacTeer Mrs. Ardelia Willis, Mrs. Ramah Wofford, Mrs, Lois Brooks, y todas sus hermanas que tuvieron conciencia de sus auténticas y antiguas cualidades.

«Esto, hermanos, os lo digo porque he sabido por los
de Cloe que hay entre vosotros discordias».

Primera a los Corintios 1,11.

Prólogo

Pensó que ya nada podía pasarle. Se apoyó en la barandilla del H. M. S. Stor Konigsgaarten, inhalando grandes bocanadas de aire, contemplando el puerto mientras el corazón le latía lleno de dulce anticipación. La ciudad de Queen of France se ruborizó un poco bajo la luz cada vez más pálida y entornó los párpados ante su mirada. Siete blancos, femeninos yates se balanceaban en el puerto, pero aproximadamente a una milla de distancia, siguiendo la corriente, se alzaba un muelle abandonado. Con premeditada despreocupación descendió al camarote que compartía con los demás —todos habían bajado a tierra de permiso—, y puesto que no tenía nada que recoger —ningún álbum de sellos, ni una hoja de afeitar ni la llave de ninguna parte— se limitó a tensar la manta introduciendo bien las puntas bajo el colchón de su litera. Se quitó los zapatos y anudó los cordones de cada uno a las trabillas de la cintura de sus pantalones. Luego, después de mirar pausadamente a su alrededor, se adentró en el pasillo y regresó a la cubierta superior. Pasó una pierna por encima de la barandilla, vaciló un instante y consideró la posibilidad de tirarse de cabeza, pero luego, confiando más en la información que podían darle sus pies que en la de sus manos, cambió de parecer y simplemente saltó del barco. El agua estaba tan cálida y blanda que ya le llegaba a los sobacos cuando advirtió que estaba sumergido en ella. Encogió rápidamente las piernas acercándolas al torso y se echó a nadar velozmente. Nadaba bien. Cada cuatro brazadas se volvía hacia la derecha y levantaba la cabeza para asegurarse de que su curso se

mantuviera paralelo a la costa, aunque alejado de ella. A pesar de que su piel se fundía perfectamente con la oscuridad del agua, procuraba no levantar demasiado los brazos por encima de la superficie de las olas. Ya cerca del malecón comprobó, complacido, que los zapatos todavía le golpeaban suavemente las caderas.

Pasado un rato pensó que ya podría poner rumbo a tierra, hacia el malecón. Pero al tijeletear con las piernas para cambiar de dirección, un anillo de agua se enroscó en ellas, arrastrándole a un ancho túnel vacío. Forcejeó, intentando subir a la superficie, y fue arrastrado nuevamente por tres veces. Cuando la necesidad de inhalar agua ya empezaba a ser incontrolable, fue proyectado hacia el aire aterciopelado y posado suavemente sobre la superficie del mar. Permaneció varios minutos pedaleando en el agua, esperando que se calmara su respiración, y luego enfiló otra vez hacia el muelle. Nuevamente se cerró el anillo en torno a sus tobillos y la húmeda garganta se lo tragó. Se sumergió más y más y se encontró, no en el fondo del mar, como esperaba, sino girando en un remolino. No pensó nada, excepto «estoy girando en sentido contrario al de las agujas del reloj». Apenas formulado este pensamiento, el mar se calmó y se encontró flotando en su superficie. Volvió a sostenerse pedaleando, tosió, escupió y sacudió la cabeza para vaciarse el agua de los oídos. Ya descansado, decidió nadar mariposa y proteger los pies de la succión que le había atacado ambas veces por el flanco derecho. Pero en cuanto rasgó las aguas frente a él, sintió una suave pero firme presión en el pecho, el vientre y a lo largo de las caderas, que le empujaba como la mano insistente de una mujer. Intentó atravesarla poniendo en ello todo su empeño, pero no lo consiguió. La mano le obligaba a alejarse de la costa. El hombre se volvió para ver qué tenía a sus espaldas y sólo vio agua teñida de sangre por un sol que se hundía en ella como un corazón fresco. Muy lejos, a su derecha, se divisaba el Stor Konigsgaarten, con la popa y la proa iluminadas.

Empezaban a abandonarlas las fuerzas y comprendió que no debía desperdiciarlas luchando contra la corriente. Decidió dejarse llevar durante un rato. Tal vez luego desapareciese. En todo caso, así tendría oportunidad de recuperar fuerzas. Intentó flotar lo mejor que pudo sobre las aguas que se agitaban y palpitaban cada vez más negras, envueltas en un aire que olía a amoníaco. Sabía que se hallaba en una parte del mundo que nunca había conocido ni conocería el crepúsculo y que quizá muy pronto se viese alejado velozmente hacia el horizonte rodeado de un mar intensamente negro. Queen of France ya exhibía las primeras luces dispersas, cual gotas de lágrimas caídas de un cielo lacerao hasta el llanto por la afilada punta de una estrella temprana. Entre tanto, la dama de las aguas continuaba sosteniéndole en la palma de su mano y empujándole con dulzura mar adentro. De pronto vio aparecer otras luces a su izquierda, cuatro en total. No consiguió calcular la distancia, mas comprendió que acababan de encenderlas a bordo de una pequeña embarcación. La dama de las aguas retiró su mano de manera igualmente repentina y el hombre echó a nadar hacia el barco anclado en las aguas azules sin buscar el verde del mar menos profundo.

Ya próximo a él describió un círculo. No oyó nada y no vio a nadie. Se acercó por babor y descubrió el nombre Seabird II y una escalera de cuerda de tres pies de largo golpeteando suavemente contra la proa. Cogió un travesaño y se izó a bordo. Cruzó la cubierta avanzando con dificultad, jadeando quedamente. Ya no quedaba rastro del sol y sus zapatos de lona habían desaparecido.

Se deslizó cautelosamente, apoyando la espalda en las paredes de la timonera, y miró a través de sus ventanas curvas. No había nadie, pero de abajo le llegó el sonido de la música mezclado con el olor de una comida preparada con una fuerte dosis de curry. No había pensado qué decir si de repente comparecía alguien. Era preferible no hacer planes, no tener preparada una coartada, pues, aunque se intenta-

ran atar todos los cabos, las historias preparadas siempre eran las que sonaban más falso. El sexo, corpulencia y actitud de quienquiera que tropezara con él le darían la pauta y determinarían qué decirle.

Avanzó hasta la popa y bajó con cautela un breve tramo de escaleras. Allí, la música se oía más alta y el olor a curry era más intenso. La puerta del fondo estaba entreabierta y de ella procedían la luz, la música y el curry. Había otras dos puertas cerradas más próximas a él. Escogió la primera, que comunicaba con un oscuro armario empotrado. El hombre se metió dentro y cerró quedamente la puerta tras de sí. El cuartucho olía intensamente a aceite y cítricos. No se distinguía con claridad, y el hombre optó por sentarse en cuclillas, sin moverse de su sitio, y escuchó lo que parecía ser la música de una radio o un tocadiscos. Poco a poco extendió la mano en la oscuridad sin topar con nada hasta donde alcanzaba su brazo. Lo desplazó hacia la derecha y tropezó con un muro. Avanzó en cuclillas hacia allí y se dejó caer en el suelo con la espalda pegada a la pared.

Estaba decidido a mantenerse alerta a toda costa, cuando la dama de las aguas le acarició los párpados con sus nudillos y se quedó dormido como un tronco.

El motor no le despertó —había dormido durante años con el ruido de otros motores más potentes—. Y tampoco le alteró el balanceo del barco. Antes de escuchar los motores le llegó el sonido olvidado de una voz de mujer, tan nuevo y acogedor que hizo saltar en añicos su vida onírica. Se despertó pensando en un callejón de casas amarillas con blancas puertas que las mujeres abrían de par en par para gritar: «Ven aquí, bonito, sí, tú», envolviendo la orden en su risa como si fuera un manto. Pero la voz de esa mujer no tenía nada de envolvente.

—Nunca me siento sola —dijo—. Nunca.

El hombre sintió un escozor en la cabeza. Se pasó la lengua por los labios y notó el sabor de la sal que apelmazaba su bigote.

—¿Nunca? La pregunta la hizo otra voz de mujer, menos grave, entre dudosa y asombrada.

—Nunca jamás —respondió la primera mujer. Su voz parecía cálida por dentro, pero con un frío contorno. ¿O quizás era al revés?

—Te envidio —comentó la segunda voz, aunque ahora sonó más lejana y se perdió escaleras arriba, acompañada del rumor de pisadas sobre la escalera y el roce de la tela (pana contra pana o tejano contra tejano), un sonido que sólo podían producir los muslos de una mujer. Una deliciosa invitación otoñal a entrar a refugiarse de la lluvia y arrebujarse junto a la estufa.

El hombre no pudo oír el resto de su conversación; las mujeres ahora estaban encima de su cabeza. Escuchó otro rato y después se levantó despacito, con cautela, y buscó el tirador de la puerta. El pasillo estaba intensamente iluminado y habían desaparecido la música y el olor a curry. A través del espacio que quedaba entre el marco y el batiente de la puerta divisó una escotilla y, al otro lado, la noche cerrada. Un objeto se estrelló contra la cubierta y segundos más tarde rodó hasta el soporte de la puerta donde se detuvo a sus pies, bajo un fino haz de luz. Era una botella, y el hombre alcanzó a distinguir con dificultad las palabras Bain de Soleil en la etiqueta. No se movió. Tenía la mente en blanco pero alerta. No había oído bajar a nadie; no obstante, inmediatamente después apareció una mano de mujer. De bellos contornos, barniz de uñas rosado, dedos marfileños, argollas de matrimonio. Recogió la botella y el hombre pudo oír su débil quejido al agacharse. Se incorporó y la mano desapareció. Sus pies no hicieron el menor ruido sobre las maderas de teca de la cubierta, pero, pasados unos instantes, el hombre oyó abrirse y cerrarse una puerta, la de la cocina tal vez.

Era el único hombre a bordo. Lo palpaba: un menos algo que le tranquilizó. Las dos o tres mujeres —no sabía cuántas eran— que conducían el barco atracarían pronto en un embarcadero particular donde no habría inspectores de aduanas sellando los pasaportes y frunciendo el ceño con aires de importancia.

La luz del pasillo le permitió examinar el armario. Era un espacio provisto de estanterías que contenían una mezcla de equipo de inmersión y de pesca y algunas provisiones. En el suelo, una caja destapada ocupaba la mayor parte del espacio. Contenía doce naranjos en miniatura, todos con frutas. El hombre desgajó una de las diminutas naranjas, no más grande que un fresón de buen tamaño, y se la comió. La pulpa era blanda, sin fibras y amarga. Comió otra. Y otra. Y a medida que comía, un voraz apetito lacerante invadía su estómago. No había comido desde la noche anterior, pero el hambre que ahora escarbaba su vientre era tan inexplicable como repentino.

El barco se había puesto en marcha y el hombre no tardó mucho en advertir que se alejaban mar adentro, no en dirección a Queen of France a fin de cuentas. Pero no debían dirigirse muy lejos, se dijo. Unas mujeres con las uñas pintadas que necesitaban usar aceite bronceador no se alejarían de la costa en plena noche si su destino estuviera muy alejado. Conque siguió masticando naranjas amargas y aguardó en cuclillas, escondido en el armario. Cuando por fin atracó el barco y se detuvo el motor, el hambre que sentía ya no era un reflejo condicionado; tuvo que apretar con fuerza los dedos para no salir corriendo del armario rumbo a la cocina. Pero esperó... hasta que desaparecieron las leves pisadas. Entonces salió al pasillo sobre el que la luz de la luna proyectaba dos manchas. Vio evolucionar sobre cubierta dos figuras que seguían el haz de luz de una potente linterna. Y cuando oyó ponerse en marcha el motor de un coche, bajó la escalera. En seguida localizó la cocina, pero no podía encender la luz; por tanto, palpó las superficies

de los mostradores en busca de cerillas. No las encontró. Y la cocinilla era eléctrica. Abrió una pequeña nevera y descubrió la correspondiente botella de agua y media lima. Más allá, a la luz de la nevera, localizó un frasco de mostaza de Dijon, pero ningún resto del guiso al curry. Los platos estaban lavados al igual que una cajita blanca. Las mujeres no habían cocinado; sólo habían calentado una comida preparada que se habían llevado consigo a bordo. El hombre deslizó el dedo por los rincones de la cajita blanca y luego por las paredes, de abajo arriba. Si había quedado algún resto, debían de haberlo arrojado a las gaviotas. Registró los armarios: vasos, tazas, platos, una batidora, velas, pajitas de plástico, palillos multicolores y al fin una caja de biscottes noruegos. Untó de mostaza los biscottes, se los comió y bebió toda el agua que quedaba en la botella antes de subir otra vez a cubierta. Desde allí vio las estrellas e intercambió una mirada con la Luna, pero apenas pudo distinguir la costa y más le valió que así fuera, pues estaba observando la de una isla que, trescientos años atrás, había deslumbrado hasta cegarlos a los esclavos que posaron los ojos en ella.

Capítulo I

El fin del mundo resultó ser un conjunto de magníficas mansiones de invierno construidas en la Îlle des Chevaliers, la Isla de los Caballeros. Cuando irrumpieron peones importados de Haití para desbrozar las tierras, las nubes y los peces creyeron que había llegado el fin del mundo, convencidos de que el verde verdemar del mar y el azul cielo del cielo ya no serían eternos. Loros salvajes que habían conseguido escapar de las pedradas de los niños hambrientos de Queen of France se pusieron de acuerdo y emprendieron el vuelo con gran alboroto en busca de un nuevo refugio. Sólo los magníficos árboles de margaritas conservaron la calma. Después de todo formaban parte de una selva que ya contaba dos mil años y había sido prevista para subsistir hasta la eternidad; con que ignoraron a los hombres y continuaron meciendo las serpientes de cascabel que dormitaban entre sus brazos. Fue precisa la intervención del río para que se convencieran de que el mundo, en efecto, había cambiado, que la lluvia nunca volvería a ser igual; y cuando lo comprendieron y hundieron más profundamente sus raíces, aferrándose a la tierra como niños perdidos recién encontrados, ya era demasiado tarde. Los hombres ya habían levantado la tierra donde antes no había crestas y la habían vaciado donde antes no había surcos, lo cual explica lo que le sucedió al río, que se encrespó, perdió su curso y finalmente también la cabeza. Expulsado del lugar donde habitaba y obligado a abrirse paso a través de terrenos desconocidos, ya no pudo formar sus lagos y cascadas, y se dispersó en todas direcciones. Las nu-

bes se apretujaron unas contra otras y permanecieron muy quietas mirando el río, que se precipitaba rodeando el terreno selvático para estrellarse contra las grupas de las colinas sin la menor idea de adónde se dirigía, hasta que, exhausto, triste y angustiado, frenó su curso y se detuvo apenas veinte leguas antes de llegar al mar.

Las nubes se miraron y luego se dispersaron en desorden. Los peces oyeron repicar sus cascos cuando se alejaban al galope para difundir la noticia del río que había perdido el buen sentido, proclamándola desde las cimas de las montañas y desde las copas de los majestuosos árboles de margaritas. Pero ya era demasiado tarde. Los hombres habían ido cercenando los árboles hasta que, gritando y con una mirada despavorida, se partían en dos e iban a estrellarse contra el suelo. En medio del enorme silencio que seguía a su caída, las orquídeas caían describiendo círculos para yacer junto a ellos.

Cuando todo terminó y en su lugar se levantaron casas en las colinas, los árboles que se habían salvado soñaron durante años en sus compañeros y los quejidos de sus pesadillas incomodaban a las serpientes, las cuales los abandonaron para instalarse sobre la nueva vegetación que creció en lugares donde el sol llegaba por primera vez. Después cambiaron las lluvias y ya nunca volvieron a ser como antes. Ya no llovía sólo durante una hora al día, siempre a la misma hora, sino por temporadas, lo cual fue un nuevo castigo para el río. Pobre río insultado, con el corazón roto. Pobre torrente enloquecido. Ahora permanecía inmóvil como una abuela y se convirtió en una marisma que los haitianos llamaban *Sein de Veilles*. Y realmente era una teta de bruja: un óvalo arrugado cubierto de niebla que rezumaba una espesa sustancia negra en cuyas proximidades no podían vivir ni siquiera los mosquitos.

Pero por encima de él se alzaban colinas y valles tan frondosos que los visitantes llegaban a hastiarse de contemplarlos: buganvillas, aguacates, flores de fuego, limas,

bananos, cocoteros y los últimos supervivientes de los magníficos árboles de la selva. Entre las casas allí construidas, la más antigua y más impresionante era L'Arbe de la Croix, El diseño era obra de un destacado arquitecto mexicano, pero los obreros haitianos no estaban sindicados y en consecuencia no sabían distinguir la artesanía del arte, de modo que si bien los paneles no encajaban en los marcos, en cambio los bastidores de las ventanas y los dinteles de las puertas estaban labrados con gran cariño hasta niveles de auténtica perfección. A veces olvidaban o ignoraban la insistencia del agua en fluir cuesta abajo y los inodoros y bidets no siempre producían una corriente de agua de uniforme intensidad. Pero los aleros eran tan anchos y profundos que las ventanas podían permanecer abiertas incluso durante una tormenta sin que en las habitaciones llegara a entrar la lluvia; sólo el viento, los aromas y las hojas desgajadas. Las maderas del suelo estaban machihembradas, pero las baldosas fabricadas a mano, importadas de México, aunque hermosas a la vista se despegaban al tocarlas. Sin embargo, las puertas eran gruesas y sus tiradores, bisagras y cerraduras resistentes como tortugas.

Era una casa espléndida. Amplia, aireada y llena de luz. Construida en un tiempo en que los revoques se daban por descontados y diseñada teniendo en cuenta el sol y las corrientes de aire, de manera que no necesitaba aire acondicionado. Un elegante diseño del jardín mantenía la casa en los límites justos para evitar un empacho de belleza. Se había hecho todo lo posible por impedir que tuviera un aire «estudiado». Casi nada llamaba excesivamente la atención y las pocas cosas que destacaban dentro del conjunto tenían su encanto; pequeños toques isleños dispersos (un lavadero, un pequeño huerto, por ejemplo) eran prácticos. Al menos así opinaban los visitantes de buen gusto. Todos coincidían en que, sin contar la desafortunada elección de su nombre, la casa era «la vivienda más bellamente articulada y logradamente no retórica del Caribe». Unas pocas per-

sonas tenían algunas reservas, se preguntaban si la profusión de luz solar en el interior no resultaba tal vez demasiado intensa y si el propietario no se había pasado de la raya con la reciente adición de un invernadero. Valerian Street escuchaba sus críticas, pero éstas le dejaban totalmente indiferente. Sus ojos grises se deslizaban sobre las facciones de esos invitados como una sombra de las cuatro de la tarde camino del crepúsculo. Le recordaban a las viudas de Filadelfia que, al saber que pensaba pasar todo su primer año de jubilación en su casa de la isla, le decían: «Volverás. Al cabo de seis meses ya te habrás aburrido hasta perder el juicio». Eso ocurría cuatro diciembres atrás y lo único que echaba de menos eran las hortensias y al cartero. El nuevo invernadero le permitía reproducir la hortensia, pero el cartero había desaparecido de su vida para siempre. Todo lo demás que amaba lo había llevado consigo: algunos discos, las tijeras de podar, una araña de sesenta y cuatro bombillas, una camiseta de tenis azul celeste y la Belleza Principal de Maine. Ferrara Brothers (Nacional e Internacional) se hizo cargo del resto y, con la ayuda de dos criados, la Belleza Principal y montañas de correspondencia, por fin quedó instalado para pasar el año en la cima de una colina lo suficientemente alta como para permitir divisar el mar por tres puntos cardinales. Aunque eso a él no le importaba. Excepto porque era el determinante del tiempo que permitía o impedía la llegada de los barcos con el correo, nunca se paraba a pensar en el mar. Y si pensaba en alguna cosa, siempre lo hacía a solas en su invernadero. A última hora de la tarde, cuando el calor era algo serio, y temprano por la mañana, siempre estaba allí. Mucho antes de que la Belleza Principal se quitara la mascarilla de dormir, ya pulsaba el interruptor que hacía sonar las Variaciones Goldberg en el invernadero. Al principio había hecho la prueba con Chopin y algunos de los rusos, pero las peonías Magnum Rex, abrumadas ante tanta pasión, gimoteaban y fruncían los labios. Por fin optó por Bach para la germinación, Ha-